

BIBLIOTECA del APOSTOLADO de la VERDAD

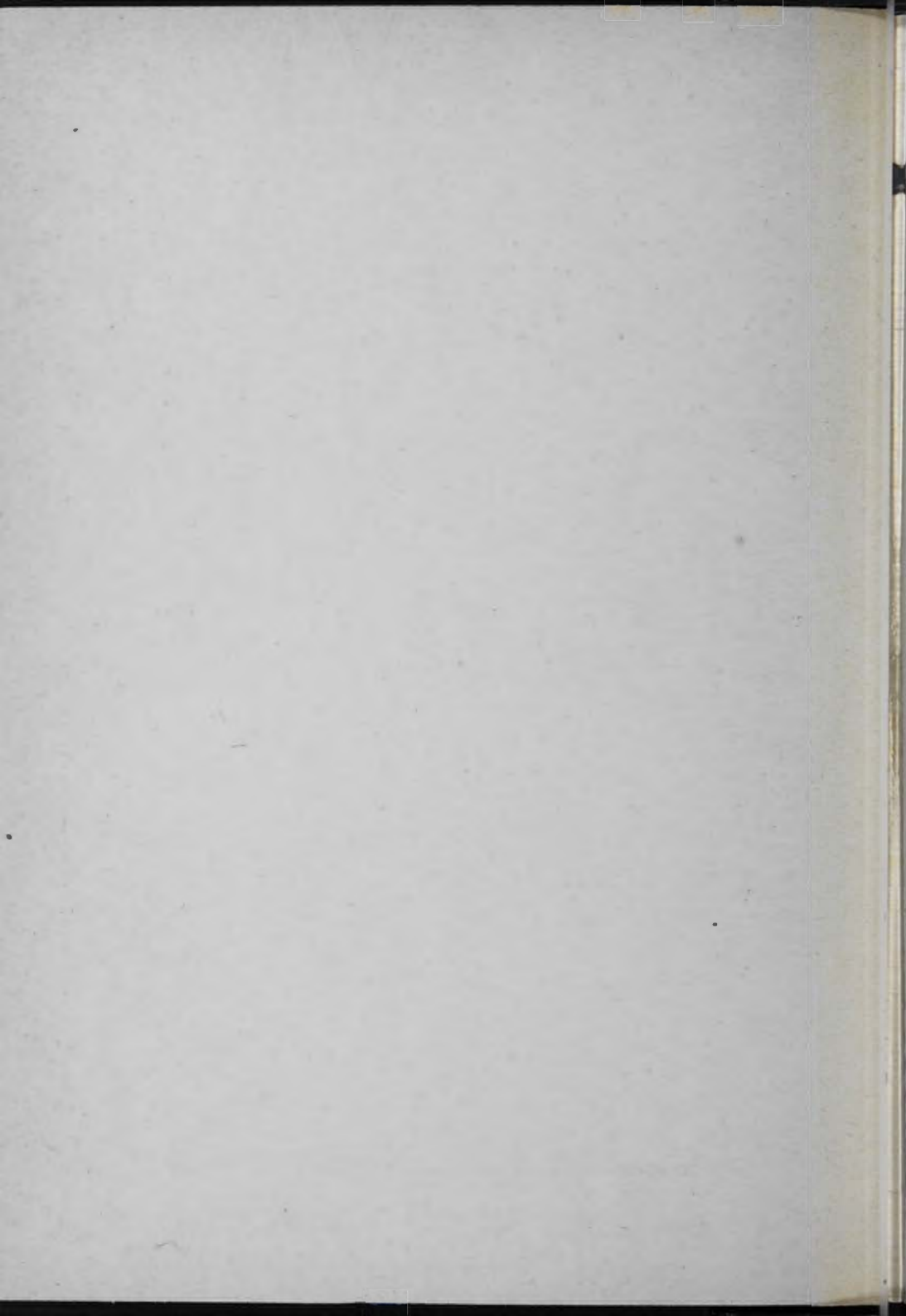


La ignorancia y la Iglesia.

POR DOM JACOBUS



ADMINISTRACION: Alberto Aguilera. 52-MADRID



Biblioteca del APOSTOLADO DE LA VERDAD

La ignorancia y la Iglesia

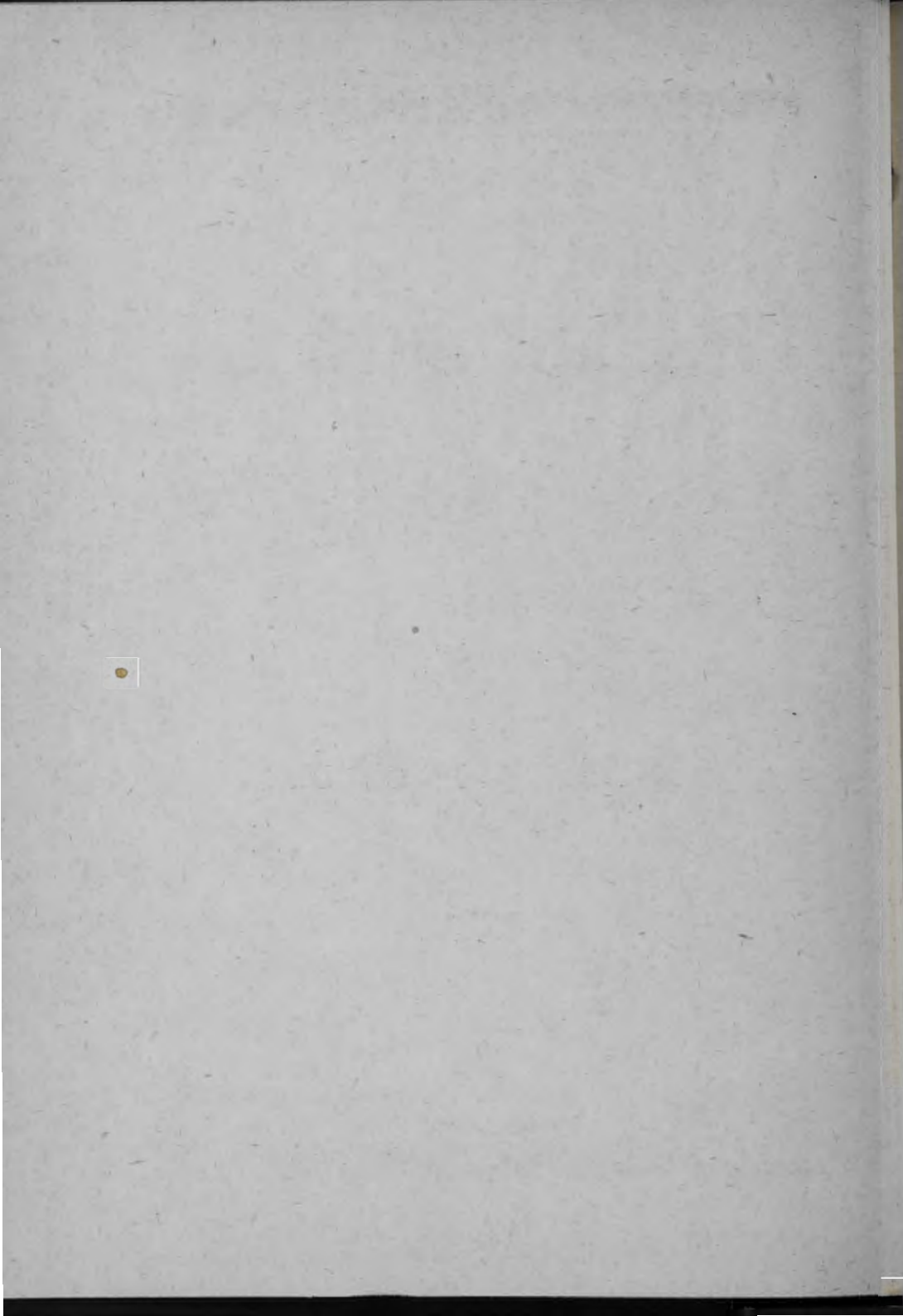
por

DOM JACOBUS



MADRID

IMPRESA DE DOMINGO BLANCO—LIBERTAD, 31





La ignorancia y la Iglesia

I

LA CIENCIA ANTIGUA

El Nuevo Testamento hace decir á Cristo: «¡Yo soy la luz del mundo!», y nos muestra á los apóstoles encendiendo el primer auto de fe cristiano.

Un gran número de entre ellos que se había ocupado de ciencias curiosas, llevó sus libros y los quemó delante de todo el mundo... Así crecía vigorosamente la palabra de Dios.» (*Actas de los apóstoles*, XIX, 19)

El desprecio de la ciencia reputada inútil y peligrosa, la humillación del espíritu á las únicas máximas de salud, así es como la nueva luz va á brillar en el mundo bajo el apagador del cristianismo.

Abranse los Concilios. El canon 16° del cuarto Concilio de Cartago (493) prohíbe, aun á los obispos, leer los libros de los gentiles.

«¿Queréis historia? dicen los cánones apostólicos: leed el *Libro de los Reyes*. ¿Filosofía, poesía? Ahí tenéis á *Job*, á los Profetas, los Proverbios. ¿Lirismo? Tomad los Salmos. ¿Antiguos orígenes? Ved el *Génesis*. ¿Leyes

y moral? Pues el Evangelio. Absteneos absolutamente de todos esos libros profanos y diabólicos.»

Abrense los Padres. San Gregorio el Grande reprende á un obispo severísimamente, como si fuese una acción impía, porque enseñaba gramática.

«¿Que mal nos puede amenazar porque ignoremos las bellas letras? exclama San Juan Pico de Oro.»

«Es preciso sacrificar al Verbo todos los discursos frívolos», dice Gregorio Nacianceno.»

El Evangelio reprocha al hijo pródigo porque se alimentaba con bellotas; la Glosa ve en este alimento de los puercos el emblema de las ciencias. Orígenes compara las ciencias humanas á los plagas de Egipto, á las ranas y á los piojos. Tertuliano condena á esos hombres que «descubrieron muchas cosas que la Naturaleza tenía útilmente ocultas, que enseñaron muchas artes que habría sido bueno ignorar, que incitaron á los hombres á buscar los metales en las entrañas de la tierra y les mostraron las propiedades de las hierbas...»

En esto están unánimes los Padres. San Jerónimo se distingue en esta cruzada, que aún dura. Escuchadle:

«Hay sacerdotes que olvidan el Evangelio por Virgilio y cambian en placer criminal la necesidad de estudiar.»

«¿Qué puede haber de común entre la luz y las tinieblas, entre el Evangelio y Virgilio, entre San Pablo y Cicerón? Lo que vosotros admiráis, yo lo desprecio.»

«Es un crimen beber al mismo tiempo en el cáliz de Jesucristo y en el cáliz de los demonios.»

Esta idea le preocupa tanto, que sueña con ella:

«Mientras que yo era así el juguete de la antigua serpiente (escribe á una virgen de Cristo), me vi de súbito arrebatado en espíritu y conducido al tribunal del soberano Juez. Interrogado acerca de mi condición, respondí que era cristiano.—Mientes, replicó el presidente; tú eres ciceroniano y no cristiano; porque allí donde está

tu tesoro, allí está tu corazón.—A estas palabras me callé y el juez ordenó que fuese azotado.—Sin embargo, comencé á gritar y á decir sollozando: «¡Señor, tened piedad de mí!» En fin, los que rodeaban el tribunal se echaron á los pies del juez y pidiéronle gracia por mi juventud y plazo para hacer penitencia, diciéndole que yo me sometería al suplicio si volviera á la lectura de autores paganos. En este extremo hice las mayores promesas y juré, invocando el nombre de Dios, que si alguna vez más conservara en mi poder libros paganos, que me tuviesen entonces por apóstata. (*Carta 22 á la virgen Eustaquia*).»

Abranse las leyes y la historia. Fanatizadas de este modo todas las autoridades de la Iglesia, los Césares y los fieles no se curaban de esas obras diabólicas. Esta doctrina dió frutos de destrucción y de muerte. La superstición, vestal cristiana, se encargó de conservar el fuego encendido por los apóstoles, y no se apagó nunca.

II

IGUAL EN TODOS LOS TIEMPOS

En nombre de la libertad de conciencia, Constantino comenzó á proteger á los cristianos despojando los templos gentílicos para enriquecer las iglesias; sus hijos lanzan el grito de guerra: ¡abajo los ídolos!, y prohíben la locura de los sacrificios, queriendo, decían, que se respetase la fe de su padre.

La Iglesia no quería la libertad sino para conquistar su monopolio sobre ruinas. Invoca el derecho para ahogar en sangre todo derecho; que se le conceda lugar al sol y todo lo devastará para fundar su tiranía. Dejemos hablar á uno de los más

fogosos oradores del cristianismo, á de Maistre; y es.º de que le acusamos, la Iglesia se jacta de ello:

«Todo el poder de los emperadores, todo el celo, todo el entusiasmo, y aun si se quiere, todo el resentimiento de los cristianos, se desencadenaron contra los templos. Dada la señal por Teodosio, todos aquellos magníficos edificios desaparecieron. En vano parecían pedir gracia aquellas sublimes bellezas de la arquitectura por sus asombrosas construcciones; en vano su solidez causaba los brazos de los destructores; para derribar los templos de Apamea y de Alejandría, fué necesario emplear los medios que la guerra empleaba en los sitios. Pero nada pudo resistir á la proscripción general. (*Del Papa, conclusión*).

La palabra vandalismo es una calumnia contra los vándalos; los cristianos merecieron este nombre en su obra de destrucción ciega y bárbara. El *Delenda Cartago* había resonado y la destrucción duró muchos siglos. La horrible ley de lesa majestad de los Césares paganos, sirve á los Césares cristianos. Constantino había prohibido los sacrificios públicos; había interdicto á los sacerdotes paganos y á los augures la entrada en las casas particulares, hasta *bajo pretexto de amistad*; había condenado á los autores de libros al suplicio, y los libros al fuego. Sus hijos abolieron la superstición bajo pena de muerte y ordenaron la destrucción de los ídolos y de los templos. Todo sacrificio será reputado crimen capital: la ciencia de la adivinación condenada, bajo pena de la vida. Desde aquel momento habrían de dirigirse á los santos; los milagros proscribían á los augures.

Cuando Juliano trató de restablecer la libertad erigió por Constantino, fué llamado apóstata: sus sucesores emprendieron la cruzada con mayor violencia. Valentiniano y Valens prohibieron contraer matrimonio con los gentiles bajo pena de muerte; bajo la misma pena prohibieron la práctica de las

matemáticas y de la astrología. ¡*Cesset mathematicorum tractatus!* Atentaron también á los teatros, pero con cautela, no olvidando el *panem et circenses*. Constancio, al ordenar la destrucción de los templos, había hecho una reserva á favor de los edificios *extramuros*, que podrían servir á los placeres del pueblo. Arcadio ordenó quemarlos y con ellos toda la *materia supersiciosa (omnis materia superstitionis)*. Teodosio ordenó se destruyesen los que estuvieran intactos; y si quedaban paganos, que lo ponía en duda, se pusieran en vigor contra ellos los edictos de muerte. Honorio y Teodosio ordenaron á los matemáticos quemar en presencia de los obispos los *códigos del error*, bajo pena de ser desterrados, no sólo de la ciudad, sino de todo el imperio. Los autores de libelos serán decapitados. Los privilegios acordados á los sabios, á los profesores y médicos, son retirados á los paganos y concedidos á los cristianos que enseñan en el Capitolio. Prohíbese enseñar en las casas particulares bajo pena de destierro. (Teodosio y Valentiniano.)

Una ley de Arcadio conmina con la pena capital al jefe de la casa en que los herejes se reúnan; otra ley ordena quemar todos los libros y condena á muerte á los detentadores. El templo de Serapis era el asilo de la ciencia pagana: su biblioteca fué destruída con los ídolos; Orosio atestigua haber encontrado los armarios vacíos. Los libros formaban parte de la *materia supersticiosa*. Un historiador lanza á San Gregorio el reproche de haber hecho quemar la biblioteca palatina en Roma. Los sacerdotes griegos ejercían tanto imperio sobre los emperadores bizantinos, que á su súplica hicieron quemar un gran número de poemas de los antiguos griegos. Teodosio el Joven pronuncia aún pena de muerte contra los paganos en 426. Fué necesario un bárbaro, Teodorico, para que los restos de los monumentos de Roma fuesen protegidos y devuel-

ta la tolerancia. León el Isauriano hizo quemar la biblioteca del *forum cerarium* con sus guardianes, los libros con los sabios.

No debía quedar piedra sobre piedra de la gran civilización antigua. El imperio cae. Razas nuevas ocupan el mundo, ávidas de la savia de las ideas. «La invasión de los godos fué menos dañosa á las letras que lo había sido el advenimiento del cristianismo, dice Gibbon.» Carlomagno quiere restaurar los estudios; Alcuin prohíbe á los discípulos leer á Virgilio, «por temor á corromperlos».

En el siglo x existían aún muchos autores clásicos; la biblioteca de Photius poseía á Menandro, Teopompe, Alceo, Safo y Aratus. Pero ya en el siglo vi los monjes habían comenzado á raspar los manuscritos para hacer libros de coro. Gregorio de Tours termina su historia rogando á los sacerdotes del Señor que no raspen lo que él había escrito.

El estudio de las letras toma algún vigor en Italia al aproximarse al año 1000. Vilgarde y sus discípulos unos son quemados en Ravena por orden del obispo y otros asesinados en Cerdeña por el pueblo: «*Evocaron al demonio de Horacio y de Virgilio.* El diablo ensayaba sus fuerzas para restaurar la idolatría por medio del arte de la gramática.» (Baronius).

Los árabes despiertan la ciencia y practican la tolerancia: Cristo reprueba lo uno y lo otro. La guerra á los mahometanos y á sus libros duró siglos. Los moros de España tenían 70 bibliotecas, de las que una sola, la de Córdoba, contenía 600.000 volúmenes: destruyóse todo lo que se pudo. El cardenal Cisneros arrojó al fuego más de 100.000 manuscritos, «como si no existiesen en la Bibliotecas más que copias del Corán». ¡En pleno siglo xvi hizo quemar públicamente más de 5.000 manuscritos! «Borrad los árabes de la historia, dice un sabio escritor, y el renacimiento de las letras se retarda-

rá muchos siglos en Europa». No es culpa de la Iglesia si los árabes no han sido borrados de la historia y las letras con ellos.

Los cruzados se apoderan de Constantinopla y comienzos del siglo XIII y queman las bibliotecas. Traen á Europa algunos manuscritos, pero los obispos se encargan de quemarlos: la metafísica de Aristóteles, traducida al latín, fué quemada en París, en la plaza pública, ordenándolo así un concilio de obispos y prohibiendo que se conservara ni un ejemplar ni una traducción. Los monjes se encargan de destruir el resto.

Preténdense que ellos conservaron los manuscritos de la antigüedad; es cierto, del mismo modo que el verdugo guarda al prisionero que debe ejecutar. Hasta el siglo XV se rasparon los manuscritos paganos para hacer con ellos libros cristianos, reemplazando las obras maestras del genio con las locuras ascéticas. La biblioteca de Bobbio contenía una gran cantidad de ascéticas; casi todas eran palimpsestos. Boccacio visitó el monasterio del monte Cassino, y encontró la biblioteca abandonada y en el mayor desorden. «Cuando los monjes quieren ganar dos ó tres sueldos, raspan un manuscrito y hacen un salterio para los niños, ó cortan las márgenes y hacen tabletas para las mujeres.» Los manuscritos de San Gall se encontraron en el mismo estado por Bracciolini. Un obispo del siglo XIV, al llegar su biblioteca á una abadía, temiendo que vendiesen sus libros, exigió que cada año tuviese que demostrar el abad, por medio de inventario, que ninguno había sido enajenado. «Durante la Edad Media, dice el abad Gaume, la proscripción *solemne* de los clásicos paganos fué una ley general y fielmente observada.»

A esta larga cadena tradicional, añadamos un último y brillante eslabón. Hacia fines del siglo XVI, en el momento en que el paganismo resucitado en

la educación invadía á Europa, el jesuíta Possevíñ, temblando por el porvenir, hacía oír estas enérgicas palabras:

«¿Queréis salvar vuestra repúb'ica? ¡Pues no dilatéis meter la segur en la raíz del mal! ¡Desterrad de vuestras escuelas los autores paganos que, bajo el vano pretexto de enseñar á vuestros hijos la bella lengua latina, los instruyen en la lengua del infierno!

Sí hemos de dar crédito al abad Gaume y el abad Toursel, el concilio de Trento prohíbe aun poner en manos de los niños los autores paganos. San Carlos Borromeo trató también de proscribir los autores clásicos, pero inútilmente. Igual tentativa se repitió en Besançon en el siglo xvii, sin mejor éxito. «Los discípulos no se hacen más virtuosos, sino más torpes», dice el padre Judde. Los colegios quedaron desiertos. Había pasado el tiempo en que no se permitía leer los autores paganos sino para devolver á los cristianos, herederos de todas las cosas, las verdades que el paganismo, usurpador audaz, se había apropiado.

La Iglesia fué vencida en la lucha: en vano quemó millones de manuscritos; más de la mitad de los monumentos antiguos se han perdido, pero aunque se pierda un pergamino, el escritor queda; aun se descubren bajo el lienzo de los palimpsestos, y la antigüedad resucita de su tumba católica para acusar á los enemigos de la ciencia y del pensamiento. La Iglesia está reducida á maldecir su triunfo, á gemir sobre las ruinas de una nueva Jerusalem.

III

LAS BELLAS LETRAS

Las religiones llamadas paganas eran generalmente favorables á las ciencias. Los sacerdotes

etruscos y caldeos cultivaban la astronomía; los druidas y los bardos *conservaban el tésoro* de las ciencias y de la historia. Thales, Pitágoras, Anáximandro, Platón, hacen marchar á la par las ciencias exactas y la filosofía. Egipto vislumbra el sistema de Copérnico. Habiendo descubierto Thales una ley del triángulo, ofrece un sacrificio á las Musas. Diferentes veces el mismo oráculo proponía cuestiones cuya solución honra á la antigüedad, siendo de notar el calendario y la duplicación del cubo. «Dios se ocupa de la geometría,» dijo Platón.

El cristianismo, basado sobre el dogma del pecado original y de la redención, reprueba la ciencia. El hombre ha caído por haber tocado al árbol de la ciencia. «Yo destruiré la sabiduría de los sabios, yo reprobaré la ciencia de los sabios,» dijo el Redentor. No ha habido esfuerzo del pensamiento que no haya sido perseguido, detenido ó retardado como una herejía por la Iglesia, consecuente con sus principios.

¡La Gramática! Hé aquí la más inofensiva de las ciencias. Gregorio el Grande prohibió su enseñanza como una impiedad.

¡Las bellas letras! Después de los libros paganos, los ensayos de los pueblos modernos son destruidos. Carlomagno había reunido los cantos nacionales de los sajones: sus piadosos sucesores los suprimieron. Los bardos son asesinados y perseguidos por el catolicismo; los trovadores y los juglares en el Norte: los primeros son confundidos en el asesinato de los valdenses; Felipe Augusto y San Luis destierran á los segundos del reino cristiano.

La poesía no muere; pero la persecución es inmortal. Dante, amenazado, es reducido á escribir un *Credo* con la misma mano que ha flagelado á los papas y cantado el porvenir. Se quema á los poetas: Palingeniu-, Durand, Cecco d'Ascoli, en Italia; Pedro Petijt, en Francia (siglo xvii). Ariosto es objeto

de burla en una corte religiosa que prefiere á Arétino. El Tasso es perseguido y Maquiavelo queda en la miseria.

Renacen las letras á pesar de los obstáculos. Atribúyeseles todos *lós males de la cristiandad*: la Reforma, la Revolución francesa, la peste, el cólera, los motines y la miseria.

¡El teatro! Después de los Digestos y de los primeros Concilios hasta los rituales del siglo XIX, los comediantes llevan la nota de infamia. El arte pretende renacer en un convento y se prohíbe representar en él las piezas. Los cofrades de la Pasión lo resucitan en la misma Iglesia y son suprimidos.

¡La música! Forma parte del culto. Pero la Iglesia tiene miedo de los progresos del pensamiento; todo lo que se separa del canto llano es reprobado. Gui d'Arezzo descubre la base de la música moderna y es perseguido. Juan XXII expide una bula contra el arte moderno que se ensaya (1552).

En el siglo XVI hace falta un hombre de genio para salvar la música. Palestrina contiene por dos veces los rayos de la Iglesia, mas no consigue nada sin poner un freno á su genio. La música no tuvo porvenir sino en el terreno profano. En el siglo XIX un Papa la ha desterrado de la iglesia de San Pedro, suprimiendo los instrumentos de la orquesta y las voces de mujer.

¡El baile! En todos los tiempos había sido un signo de adoración. Los primeros cristianos bailaban en el coro de las iglesias; Roma prohíbe bien pronto este arte considerándole profano como los otros.

¡Pintura y escultura! Estas artes sirven más directamente á las pompas de la Iglesia; pero en ellas, como en todo, no hay novedad que no asuste, ni independencia que no sea sospechosa. León X encarga un lienzo á Leonardo de Vinci; el pintor se ocupa de operaciones químicas para su barnizado; el Papa se irrita y se ofende de sus trabajos. Torrijiano

rompe una estatua cuyo precio se le rehusa; era una virgen; fué condenado á morir de hambre. Sólo en el siglo XVIII, bajo Clemente XI, el gobierno romano prohíbe destruir las pinturas antiguas cuando se encontraran.

¡Las lenguas mismas! Un capítulo de la orden del Cister prohíbe á sus religiosos en el siglo XII escribir y en el XVI leer libros en lengua vulgar. Un sínodo de obispos de Francia ordena en 1210 entregar á los obispos todos los libros de teología escritos en francés, así como el *Credo* y el *Pater*; no se puede guardar mas que las vidas de los santos en lengua moderna, bajo pena de excomuni6n y de herejía. Buda pudo evitar á fuerza de cuidados las persecuciones que sobre sí atrajo la ciencia del griego.

¡La Historia! Renació, sí; pero para ser atormentada en Maquiavelo, historiador de Florencia; decapitada en Bonfadio, analista de Génova (1561); quemada en los libros de Giannone, cronista de Nápoles, teniendo el autor que huir; censurada en de Thou, historiador francés, y en Fleury, escritor eclesiástico.

¡La Filosofía! Los pitagóricos degollados todos en un día; la escuela de Alejandría dispersada por la muerte y por el destierro; la bella Hipathia asesinada por orden de un santo... he ahí el Bajo Imperio. «No se hablaba de la Filosofía sino como de una bestia feroz», dice un poeta del siglo V. La ciencia de las ciencias, no teniendo entonces otro objeto que defender la teología, se limitaba á la dialéctica grosera de los monjes. Pero desde que el espíritu marcha, la persecuci6n vuelve á comenzar. El estudio de Aristóteles fué sin duda alguna un progreso; apenas sus libros fueron sacados de Oriente, la Iglesia los quemó. «No solamente pueden estar inficionados de antiguas herejías, sino suscitar nuevas. El Concilio prohíbe leerlos y conservarlos. Los

mismos obispos hacen desenterrar el cuerpo de Amaury de Chartres para arrojarlo al río.»

Sin embargo, Aristóteles triunfa; la misma Iglesia lo defiende; pero hay que añadir que ha desfigurado su filosofía hasta el punto de fundar con ella misma un obstáculo para el progreso de las ideas. Desde este momento se puso ya la persecución á favor del filósofo pagano; el noble profesor Ramos fué condenado por haberse atrevido á atacarle (1543), y murió víctima de la Saint-Barthelemy. Los teólogos franceses contradicen al maestro. Declaves, Villon, y Bitaut son desterrados (1624). La Facultad de París prohíbe, bajo pena de muerte, enseñar nada contra su doctrina. Gerson, interrogado por un cartujo si se puede abreviar los oficios por el estudio, responde: «Hermano, la religión no es escuela de teología ni de filosofía, sino de felicidad cristiana; tú no has venido á buscar la vanidad de la ciencia, sino la dirección de una vida humilde. Conténtate con observar nuestras reglas, que ellas son bastantes á inflamar tu inteligencia.»

El restaurador del método estuvo preso la mitad de su vida; un capítulo prohíbe á Bacon escribir. Savonarola, Arnaldo de Brescia, Silvestre de Florencia, sufren el último suplicio. Abelardo es perseguido; sus escritos son condenados por el Papa; el sabio proyecta transportar su ciencia á los turcos. A Vanini le cortan la lengua y es quemado en Tolosa. Giordano Bruno muere en la hoguera. Campanella sufre siete veces el tormento, durando cuarenta horas la última tortura, en que perdió diez libras de sangre. Descartes fué desterrado. Hacia mediados del siglo xv se funda en Roma una academia: el Papa Pablo II manda prender á muchos sabios para infligirles un tormento tan cruel, que algunos de ellos murieron. Después, el santo padre declara hereje á todo el que se atreva á ha-

cer revivir la palabra *academia*, hasta en broma, *vel serio, vel joco*.

El estudio del derecho civil se puso en entredicho para los monjes, y en algunas ocasiones hasta el canónico. Un Papa, Honorio III, prohibió en 1220 enseñar el derecho civil en la Universidad de París. Un capítulo del Císter del siglo xv, considerando que muchos monjes se jactan de haber obtenido de Roma permiso para estudiar derecho canónico, les prohíbe este estudio bajo pena de excomunicación, á menos que estén autorizados por sus superiores.

¡La Geografía! Marco Polo, insultado; Cristóbal Colón, perseguido antes de su descubrimiento y cargado de cadena: el noble sabio protesta hasta en la tumba, disponiendo en su testamento que lo entierren con él.

¡La Medicina! ¿No hace la concurrenceia á los milagros y á los amuletos? Pues se la acusa de magia. A Apono, profesor en Bolonia, se le hace comparecer en juicio á los ochenta años de edad y muere en la prisión: después de muerto llevan su cuerpo á la hoguera. (Comienzos del siglo xiv.) Miguel Servet, médico y fisico, condenado por la Inquisición de España, va fugitivo de país en país; perseguido en Tolosa, es por último quemado en Ginebra. Ambrosio Paré se salva de la Saint-Barthelemy por la necesidad que tenía Carlos IX de un buen médico. Pointet, célebre médico calvinista, es condenado al fuego; rehusa arrodillarse ante una imagen de la Virgen y le aumentan la pena cortándole la lengua. Había curado á muchos sacerdotes de enfermedades vergoizosas, dice Bèze, y esto fué lo que le perdió. Bonifacio VIII prohíbe la anatomía y esta interdicción es renovada en 1571. Obligan á Carpi á emigrar; Van Helmont es tachado de loco; Vesalius es víctima de la Inquisición. La circulación de la sangre y la rotación de la tierra son

declaradas herejías, y se prohíbe enseñar el descubrimiento de Harvey.

La misma doctrina cristiana fué puesta en el Índice, privada y rehusada á los niños. El papa Clemente recomienda no divulgar demasiado sus Constituciones apostólicas. Orígenes distingue la parte externa del cristianismo, que se demuestra á todos, de su parte íntima reservada á los iniciados, y que se debe ocultar aun á los catecúmenos, según Crisóstomo. San Cirilo interpreta en este sentido la palabra de Cristo: *No arrojad las cosas santas á los perros*. Nadie puede ser maestro si no es buen católico, dice el Concilio de Narbona (1551), y prohíbe después á estos profesores ortodoxos explicar el Evangelio en clase.

IV

LAS CIENCIAS

¡Las Ciencias! Los árabes hicieron más por las ciencias en un siglo que el cristianismo en mil años. Débeseles el renacimiento de la geometría, del análisis, de la astronomía, de la física y de la medicina. La ciencia renace; la Inquisición se crea. En los siglos XII y XIII los Concilios de Tours y de París prohíben á los monjes leer obras de física. Lactancio había negado esta ciencia. Jibonaci, al introducir el álgebra en Italia, fué insultado. Al sabio Barozzi se le denunció como hechicero y sus instrumentos de matemáticas y sus colecciones sirvieron de piezas de convicción, escapando á la muerte por la humillante confesión que hace un crimen ridículo de la noble ciencia que amaba. Porta es perseguido.

Cuántos alquimistas y astrólogos arrojados á las llamas!

El sistema del mundo cuesta infinidad de mártires. El obispo Virgilio anuncia que la tierra es redonda, y es condenado por el Papa Zacarías (siglo XVIII). Copérnico muere el mismo día en que aparece su libro, llamado á reformar la astronomía: el libro es condenado. El profesor de la Universidad de Bolonia, Cecco d'Áscoli, es quemado á los sesenta años; por astrólogo. Antonio de Dominis muere antes de su condenación y queman su cadáver. Galileo crea la filosofía de las ciencias y es atormentado; la astronomía hace honrosa retractación por su boca de rodillas en una iglesia; por fin, muere harto de penalidades; la Inquisición, si no condujo su cuerpo al quemadero, hizo más; impidió por todos los medios á su alcance la publicación de sus descubrimientos. Uno de sus discípulos conserva sus observaciones sobre los satélites de Júpiter y se las roban en su lecho de muerte; su nieto es inducido al sacerdocio y le obligan á quemar muchos manuscritos de su abuelo; Viviani se esfuerza en reunir los que se habían podido salvar, y se ve obligado á esconderlos en un silo. En nuestro siglo es cuando se ha podido reunir lo que escapó á la Inquisición y publicar las obras de ese gran genio, cuyo nombre constituye la gloria de Italia y el baldón de la Iglesia.

Kepler es desgraciado; su tía es quemada por bruja, y á su madre le amenazan durante seis años con la hoguera. Descartes se ve obligado á abandonar su gran obra sobre el sistema del mundo, que hubiese sido *El Cosmos* del siglo XVII. Richelieu había hecho árbitra á la Sorbona de las novedades de Copérnico y Galileo; poco faltó para que Francia presenciara el mismo escándalo de persecuciones que Italia. Descartes, amenazado como todos los sabios, tuvo que callar, y la ciencia enmudeció, no encon-

trándose á su muerte sino algunos raros fragmentos de su *Monde*; se habia adelantado al verdugo y quemado él mismo su obra.

El mismo siglo XIX no pudo rendir el homenaje debido á Copérnico, sin suscitar la intolerancia del clero. En 1829, de pués de la inauguración de la estatua del ilustre canónigo en Varsovia, habiéndose dirigido el cortejo á la basílica de Santa Cruz, no encontró un sacerdote que representara en esta fiesta nacional á una religión enemiga de las luces. «El clero nó quiso rogar, dice M. Czinsky, por un hombre cuyo libro habia sido puesto en el *Indice*.»

¡El Vapor! Dionisio Papin, victima como tantos otros sabios de la revocación del edicto de Nantes, fracasó en su primera tentativa hecha en el destierro. Fulton, rechazado por Napoleón, tiene que recurrir á América, donde logra ver coronado con el más feliz éxito su prodigioso invento.

Encómiase á la Iglesia por la reforma del calendario, sin pensar que la Iglesia no lleva otra mira que fijar el tiempo pascual, olvidando que ya habían reconocido en el siglo IX la necesidad de esta reforma, y que Rogerio Bacon la propuso en balde en el XIII, teniendo la ciencia que pedirlo á la Iglesia durante trescientos años.

Tocante á ciencia y á filosofía, la Iglesia no ve más que la Biblia; en ésta es donde hay que estudiar, según ella, la Naturaleza y la humanidad. ¿Dónde estarían las ciencias, las industrias y las artes, si el espíritu humano se hubiese limitado al respeto de los libros santos? Sólo contradiciéndolos á cada paso es como se han podido hacer algunas conquistas. Siempre, al aparecer una idea nueva, la Iglesia se alarma, grita ¡á la herejía! y se encastilla en las Escrituras como en una fortaleza sitiada; en seguida interpone entre la religión y la ciencia terrible dilema, más peligroso para su honra que para los sabios á quienes dispara sus rayos. ¡La reli-

gión está falseada ó la ciencia miente! ¡No hay verdad posible contra la verdad revelada!

¡Cómo! ¿Josué paró el sol, y el sol habría de estar inmóvil? ¡Cómo! ¿Cristo ha redimido la tierra, y la tierra no será otra cosa que una estrella entre millones de estrellas? ¿Y los otros planetas habían de estar poblados? ¡Cómo! El hombre caído, que nada puede sin la gracia, ¿habría de ser redimido por la ciencia en las esferas profanas sin la Iglesia? ¡Cómo! ¿Dio ha creado un Adán, y la ciencia encontraría por todas partes hombres? ¡Nunca! ¡La Iglesia amenaza; la Iglesia llama en su auxilio al brazo secular contra esas herejías que se apellidan ciencia!

Y, no obstante, la ciencia triunfa, porque se apoya en la observación, más infalible que todos los libros santos. La Iglesia entonces muda de plan: enseña por sí misma los condenables errores que han conducido á los sabios á la hoguera; se ve á su pesar reducida á explicar el texto sagrado según la ciencia, y á reemplazar el viejo sentido degradado por las nuevas verdades. De este modo, la Biblia no es más que un edificio en ruinas, recubierto aquí y allá por las piedras de la ciencia, cimentado con la sangre de los filósofos.

El libro más peligroso para la Iglesia sería aquel en que se reprodujeran sus propios argumentos, y en el cual se le devolviesen los mismos dilemas que pretendía eran mortales para la ciencia. Pero ¿qué religión es esa que transforma los pacíficos trabajos de los sabios en guerra sangrienta, y crea semejantes obstáculos á las conquistas del espíritu humano? ¡Si los pueblos conocieran siquiera la historia de la ciencia y de sus mártires, ya no quedaría al cristianismo una hora de existencia! Sin embargo, los siglos marchan y las ciencias van adelante: la Iglesia queda inmóvil.

En nuestros días, el abad Gaume reprocha también á la ciencia «la soberbia pretensión de no pe-

dir jamás á la religión la solución de ningún problema»; como si Galileo, en vez de dirigir el telescopio hacia el Cielo, hubiera debido buscar en la Biblia, á fuerza de hisopazos, lo que no se encuentra en ella; como si fuese posible, exprimiendo ó alambicando un texto sagrado, hallar las leyes ó las ideas que han traído el descubrimiento de América, de la imprenta, del vapor, del telégrafo, y creado las ciencias y las industrias modernas.

Pío VI, en su breve á los obispos de Francia; combate la constitución civil del clero é invoca aún á Dios contra la ciencia. «Cuando Dios hubo creado al hombre y colocádole en el Paraíso, ¿no es cierto que al mismo tiempo le amenazó con la pena de muerte si tocaba al árbol de la ciencia del bien y del mal? Gregorio XVI repite, con el Concilio de Trento, que el Espíritu Santo *sugiere* incesantemente á la Iglesia *toda verdad*. Pero si los sentimientos de la Iglesia no varían, los medios deben cambiar. Desarmada de la espada secular, privada de las hogueras de la Inquisición, pidió al Espíritu Santo nuevos recursos contra la ciencia.

No hablemos de los Estados en que la Iglesia manda; una palabra del cardenal Antonelli bastará. Forzado en 1853 á alumbrar algunas calles de Roma: «¡vaya por el gas! dijo; pero que no nos hablen jamás de caminos de hierro.»

Aun en nuestros días, desde hace cincuenta años, la Iglesia está ocupada en constreñir toda ciencia nueva. Al primer aspecto, mediante un pequeño esfuerzo que consiste en cambiar en épocas los días de la creación con detrimento de la potencia del Creador, la geología podrá compaginarse así con el Génesis como con las cosmogonías de la India y Persia. Pero cuanto más se avanza en esta ciencia, la cosmogonía cristiana pierde más terreno, y la cuestión del hombre fósil, sobre todo, debe causar á la ortodoxia gran derrota. ¿Quién, sin embar-

go, conoce este orden de hechos ya tan riquísimo?

Los animales fósiles, que al principio se tomaron por hombres, habían dado algún evento de triunfo á la religión que respiraba de su primer sobresalto, cuando vino Cuvier. Este comprendió la trascendencia filosófica del descubrimiento y se dirigió á los poderes de la tierra. El sabio protestante era barón y consejero de Estado del imperio; escamoteó la cuestión y por espacio de treinta años su gran autoridad mantuvo el apagador sobre la luz. Por último, Marcel de Serres dijo la primera palabra sin escándalo, y quedó en la oscuridad; Boué habla y habla alto, y tiene que abandonar á Francia. D'Archiac publica el resultado de su ciencia tan positiva y perspicua, esquivando el punto capital. D'Orbigni, excluye al hombre del cuadro de su trabajo. El ejemplo de Cuvier es digno de imitación; la ciencia *oficial* se calla, se afecta dudar de los resultados adquiridos y reflérese á los autores ortodoxos. El silencio sería absoluto si no hubiera escritores protestantes en ambos mundos. América, sobre todo, marcha resueltamente hacia este estudio, sin inquietarse de que cada paso de la ciencia desgarré un versículo de la Biblia. América no tiene fanatismo interesado en un texto viejo, ni personalidades científicas que den la ley y envuelvan las ciencias en un interés personal.

Establecidos los hechos, tales como el descubrimiento de los cráneos fósiles de la raza roja en América, de la negra en Europa, de la amarilla en el Norte, corroboran altamente que la humanidad estaba repartida en los dos hemisferios en una época muy anterior al diluvio y mucho antes que los hijos de Adán hubieran podido poblar la tierra.

La unidad de origen de las razas humanas es desde hoy más imposible de sostener ante la fisiología, la anatomía, la geología, la geografía, la historia y la estadística. Cuando esta verdad sea conocida

incontrastable, triunfante, la Iglesia tendrá que acomodarse á ella, como tuvo que aceptar el movimiento de la tierra, la fijeza del sol, la pluralidad de los mundos y las épocas genesiáticas. Entre tanto la conjuración del silencio sofoca hermosos descubrimientos, hasta donde la Iglesia puede. ¿Qué necesidad tiene á los católicos de saber si se han encontrado hombres fósiles? » ¡Mientras menos luces tengamos, mayor sumisión mostraremos ante la fe! »

V

LA IMPRENTA

La imprenta merecía un lugar aparte en los favores de la Iglesia; venía á poner los libros en manos de todo el mundo y una biblioteca en cada casa.

Compréndese hoy cuánta fuerza, cuán poderoso aliento debía dar á la ciencia el arte de Gutenberg; qué motor de emancipación y de progreso traía á los pueblos. La Iglesia parece no comprenderlo al principio: ocupada en atesorar el oro de las indulgencias, los Papas no ven en ella más que un medio de activar la recolección. Las concesiones de indulgencias de Nicolás V son uno de los más antiguos monumentos tipográficos (1454). Pero no tardaron en advertir el peligro, y la represión fué severa.

En todos los tiempos la religión había pretendido el monopolio de las conciencias y oprimido con triples cadenas la inteligencia humana. El primer *Índice* data del siglo v (Concilio de Roma, 494). La Iglesia aun apelaba á la discusión contra el paganismo y ya combate el libre examen, reduciendo

al más pequeño número posible los libros cristianos, Evangelios inclusive.

Se quemaban los libros, y los sabios, monjes y laicos; se quemaban las obras de filosofía y de ciencia, los libros de los alquimistas y de los ascetas: los que no eran quemados eran encadenados. Luis XI quiso reformar la Universidad de París; de concierto con los doctores, lanza aquel famoso edicto contra los *Nominales*, en que ordena que sus libros sean cerrados con cadena y candado, «como con esposas, para que no puedan abrirse,» *ne intrò sp contentur*. Ya hacía mucho tiempo que Luis VII había ordenado quemar los libros de los judíos (1154).

Todos los Papas tienen á honra y deber apretar el freno. Prohíbese imprimir lo que se quiera, sin haberlo sometido al vicario apostólico, al obispo ó al inquisidor, bajo pena de excomuni3n, multas y otros ejemplares castigos, según el tiempo y el lugar. León X explica el objeto: no quiere que un descubrimiento «hecho por la gracia de Dios y para gloria de su Iglesia, se vuelva en detrimento de los fieles». (Bula del 4 de Mayo 1515.) Mil trabas se oponen á este arte que debe llevar la luz á los *más pequeños*.

En varias ocasiones los Papas prohibieron á los monjes prestar sus manuscritos y sus libros. Sixto V lo prohibió á las órdenes menores de San Francisco (bula del 1.º de Octubre 1587); Urbano VII á los hermanos predicadores (23 Marzo de 1636); Alejandro VII á los capuchinos (3 Junio de 1656). La excomuni3n es la sanción acostumbrada. Estas bulas ordenan que la prohibici3n se fije y marque con el sello de la superioridad en un sitio visible. En la cabeza del catálogo de la biblioteca de los capuchinos de Meudon, en 1715, se leía todavía una advertencia del superior que recordaba la prohibici3n de dejar ningún libro á los legos. En 1031 un capítulo del Císter prohibió á sus profesos tener li-

bro alguno sin permiso; en 1531 un capítulo de la misma orden se alza contra la multiplicidad creciente de los libros y reitera la prohibición de leer otros que las obras latinas aprobadas por el abad. Los reyes, con todo su poder, se pusieron al lado de una Iglesia que consagraba el despotismo. No faltaron víctimas de la imprenta, y las hubo célebres, como las siguientes:

125.—Santiago Pauvan, doctor de la Sorbona, quemado en París.

1529.—Luis Berquín, consejero de Francisco I, taladrada la lengua y quemado.

1546.—3 de Agosto.—Esteban Dolet, quemado en la plaza Maubert, y su hermano en efigie.

1573.—Geoffroi Vallée, ahorcado y quemado en París por haber escrito un libro titulado *De la beatitudo des chretiens*.

1589.—Gilles Du Carroi y su prole fustigados y desterrados. (*L' Etoile.*)

1710.—Tres impresores colgados en París (Sau-grain, *Código del librero.*)

1649.—Claudio Morlet, librero, ahorcado en París.

Ni aun la Biblia escapaba á los encarnizados perseguidores de las ideas. El *Indice* de Pablo IV (1559) condenó cuarenta ediciones del santo libro y todas las traducciones de la Vulgata; la misma sentencia hiere de antemano á todo lo que salga de las prensas de ciento sesenta impresores sospechosos. La Biblia polaca de Radziwil es quemada con su traductor; la holandesa de Liesvelt es condenada y su impresor decapitado. Un edicto del 27 de Julio de 1707 prohíbe imprimir y vender libros de horas; otros, los de clase (22 de Junio de 1725). Los mismos jesuítas no podían tener imprenta.

La *Enciclopedia* es condenada por Clemente XIII, suprimida por Luis XIV. El *Emilio*, quemado en París y en Ginebra (1762). La *Historia de los jesuítas*,

de Linguet, quemada en París (1768). *Las cartas sobre el establecimiento de los europeos en la India*, de Raynal, quemadas en la escalera principal de palacio (1781).

Marmontel y Diderot ven sus obras condenadas como lo habían sido las de Abelardo y Amaury de Chartres, de Charon y de Thou. Racine y Corneille hicieron penitencia por sus obras maestras.

¡Voltaire! Casi todas las obras del gran apóstol de la humanidad son condenadas al fuego. «¿Y no quemaremos más que los libros?» exclama un magistrado; y al poco tiempo el caballero de la Barre es arrojado á las llamas después de haberle cortado la cabeza: el *Diccionario filosófico* es quemado con él.

Estos escritores, se dirá, eran filósofos, y atacaban á su madre la Iglesia bajo pretexto de iluminar á sus hermanos. Pero los más piadosos cristianos no escapan á la férula. El abate Fleury es herido por el *Indice* (1687); Fenelón perseguido, suprimidas sus *Máximas de los santos* y su *Telémaco* quemado. Laharpe hace el elogio del obispo de Cambray: se le suprime (1771). Fenelón daba á un pagano «todos los sentimientos y todas las virtudes que sólo el cristianismo puede inspirar,» dijo el abate Gaume. Se preguntó á Bossuet qué libro preferiría haber escrito; Bossuet respondió: «las *Provinciales*.» Y las *Provinciales* son quemadas en París y en Aix, quemadas en francés, quemadas en latín; la hoguera arde durante tres años (1657-1660). ¿Con qué derecho Pascal, un laico, ponía mano en los intereses de la religión cristiana?

Aun después de la revolución francesa, se condena á la destrucción (tal es el término legal de las sentencias) los libros que ofenden la religión del Estado y á multa y prisión á sus autores. Lamennais, Beranger, Gioberti, cien más son de ello gloriosos testigos. En 1825, el obispo de Valence condena, no solamente á la excomunión (muchas gentes se in-

quietan poco por la excomunión, dice,) sino también á multa, á toda persona que imprima un libro no aprobado por su Eminencia. En 1828, en Módena una ley ordena que todo libro sea marcado con el timbre de la censura eclesiástica, y prohíbe prestar ninguno que no sea timbrado, condenando los delincuentes á multas. El Dante no puede pasar por la aduana. En 1857, á la voz de los capuchinos, los habitantes de Grasse presentan sus malos libros: Thier-, Dumas-, Jorge Sand, Eugenio Sué, Lamartine, y el é ero va en procesión á quemarlos cantando salmos. La Francia de Voltaire y de Dantón vuelve á presenciar el auto de fe de los apóstoles.

La encíclica de 1852, ¿no puso en todo su vigor la doctrina secular de la Iglesia contra *esta libertad funesta, contra la cual todo horror es poco, la libertad de la librería?* Gregorio XVI repite en ella las palabras de Clemente XIII: «Es preciso procurar el exterminio de esa peste mortal; porque jamás se cortará bastante *la materia del error* sino arrojando á las llamas los culpables elementos del mal.» ¡Siempre la *materia superstitionis* de los hijos de Constantino!

VII

LAS ESCUELAS

El mismo espíritu que se opone á inútiles estudios laicos pre-side la enseñanza. La Iglesia no enseña mas que el catecismo.

Bien pronto fué barrida la ciencia del espíritu humano. «Hubo precisión en poco tiempo, dice el sabio historiador, Guinquené, de reducir toda la instrucción de la juventud á cuestiones de controversia y desterrar los estudios.» «Se avergonzaban

de la lengua latina—decían los benedictinos, según un poeta; la gramática era entonces soberamente menospreciada; se tenía á la dialéctica como á una amazona armada; se rechazaban la música, la geometría y la aritmética como otras tantas furias, y no se hablaba de la filosofía sino como de una bestia feroz.»

Carlomagno reconocía la necesidad de las escuelas, pero su fin era el mismo; todos los escritores lo reconocen. «Carlomagno, Alcuin, Teodulfo y todos los que trabajaron en la reforma de los estudios, dice el sabio abad Andrés, no tenían otra mira que el servicio de las iglesias.» No se hablaba entonces, dice Dom Rivet, sino de biblias, evangelios, misales, antifonas, penitenciales, sacramentarios y salterios...» Se aprendía la lectura para leer el Evangelio y el oficio purvo, la escritura para copiar los libros de la Iglesia, y la música para cantar en ella. Las Capitulares dan el programa de estos estudios: abraza los salmos y el canto llano, la gramática y el cómputo. «Que tengan, sobre todo, libros religiosos correctos, dice el gran legislador, porque se pide mal á Dios lo que se desea por medio de libros incorrectos.» Carlomagno fracasó hasta en su misma obra ortodoxa. Después de él, dice Libri, «la ignorancia aumentó con el engrandecimiento del feudalismo y el poder de los pontífices». El Papa domó al emperador, y durante muchos siglos nada pudo resistir al ascendiente de la Iglesia.

Sin embargo, la instrucción es una necesidad de los pueblos; cuando ya no fué posible impedirles acercar los labios á ese manantial de vida, cuando ya no se pudo concretar la enseñanza á los rezos y al canto llano, la Iglesia transigió con las escuelas; pero el poder de abrirlas, de inspeccionarlas, de elegir los profesores y los libros, toda la enseñanza entera, pertenece á la Iglesia, emana del Cristo. El Papa lo delega á los obispos que lo confieren á

los chantres de las catedrales ó á los maestrescuelas.

El primer emperador cristiano había decretado la eficacia de prácticas supersticiosas para curar á los creyentes, y la fe no ha variado desde entonces. ¿Es preciso recordar el pan bendito para curar el amor; el cinturón de San Fursi para calmar la lujuria; San José, patrón de los jóvenes que quieren casarse; San Francisco de Paula y San León, que hacen madres á las esposas; el cinturón de Santa Margarita, para ayudarlas en los partos; el aceite de San Nicolás, que disipa las nieblas; San Nepomuceno, invocado contra la diarrea; Santa Voue, contra la fiebre; San Rigoberto, contra el dolor de muelas, San Blas, contra las espinas en la garganta, y la misa del Santo Sudario contra la ceguera? La Iglesia toma parte en estas prácticas y distribuye ella misma las gracias.

Se ha visto á los Concilios prohibir la lectura en lengua vulgar de otros libros que la *Vida de los Santos*, aun cuando no ha habido prejuicio irritante, superstición inmoral, bestial nimiedad, ni cristiana locura que no se encuentren á grandes dosis en esos libros que se juzgan dignos del monopolio, Aquí milagros que predicán la venganza y la intolerancia; allá menospreciados todos los sentimientos de la familia; acullá todo pudor sobresaltado; los amores de santas jóvenes y su matrimonio con Cristo; la leche de la Virgen bebida por los santos; el mismo suicidio y el robo consagrados con hechos sobrenaturales; á cada página propagada la creencia en las brujerías, los poseídos del diablo, el nudo de la aguja, el sortilegio de los ganados; después prácticas de pequeñeces que arrancan risa ó causan repugnancia: un santo haciendo dar vueltas, no á su sombrero, sino á su hermano, para reconocer su ruta; otro cambiando un capón en carpa en un día de ayuno; la candela de éste, los alfi-

leres del otro; una santa vapuleada por su confesor; otra golpeando á su patrón sobre el altar; otros lamiendo las llagas de un leproso ó bebiendo el agua que ha servido para lavarlos. ¿Tendré que hablar de las reliquias, del prepucio de Cristo, de la leche de la Virgen, de la santa esponja, del santo clavo, de los granos de incienso de los reyes magos? Y eso que no salgo de los libros que datán de pocos años; ¡que sería si consultase los antiguos piadosos autores que han alimentado con supersticiones las generaciones católicas! La proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en el siglo XIX da la medida de este cretinismo.

En Hal se va á implorar á la Virgen para ser madre; en Soignies se curan los reumatismos frotándose en la peana de San Vicente; en San Ghislain se asegura á los niños contra los accidentes; en San Huberto se cura la rabia; son numerosas las jóvenes que van en peregrinación á Bon-Secours. No hay virgen que no haga milagros y tenga su especialidad. En Hal se enseñan milagrosos objetos; en Brujas se ve uno de los prepucios de Cristo; en Tongres hay piadosas riquezas: un trozo de la toca de María; el dedo con que San Juan Bautista señaló cuando dijo: *Ecce Agnus Dei*; dos dientes de San Pedró, un pedazo de la vara de Moisés y otro de la zarza que ardía y no se quemaba, una santa espina, y, finalmente, tres gotas de sangre *destilada* de la cruz de Cristo, y leche de la bendita virgen María. La Iglesia toma parte en estas supersticiones, distribuye por dinero las gracias celestés y se ocupa en enseñar la eficacia de estas prácticas y extender la fe con lucrativos milagros.

Así, pues, habitantes de las aldeas; si una epidemia se ceba en vuestros ganados, no acudáis al hombre de ciencia, comprad *Agnus Dei*. Vecinos de las ciudades; si el cólera amenaza vuestros populosos barrios, en vez de sanear las casas, cubridlas

con palmas benditas. ¿No nos enseña un milagro que la limpieza se castiga en el Cielo algunas veces? Si truena, invoquemos á San Donato y pongamos sobre nosotros sus reliquias, rociémonos con agua bendita y encendamos cirios. Los pararrayos son una invención de la ciencia profana y escéptica que duda de los milagros. Si graniza, salvad vuestras viviendas tocando las campanas y encendiendo candelas á la Virgen.

VIII

RESULTADOS

Los resultados de una influencia tan piadosamente civilizadora se demuestran en todos los siglos.

En el V, el Papa Celestino se encuentra con que los clérigos ignoran el derecho canónico (Epíst. 3.) Cassiodoro se ve obligado á escribir un tratado para enseñar á los frailes á copiar correctamente los manuscritos. Un siglo más tarde, Gregorio el Grande no halla en Constantinopla un hombre capaz de traducir gaiego al latín y latín al griego, (L. III, carta 30). Los obispos no tienen ni moralidad ni *saber*, dice el Concilio de Valence (895).

«En tiempo de Carlomagno, dice Mabillon, no había en España un sacerdote que supiera escribir una carta.» En tiempo de Alfredo el Grande, ningún cura entendía sus oraciones en latín. Los curas bautizaban *in nomine patris et filii et spiritus sancti*. (Carta del Papa Zacarías al obispo Bonifacio). Carlomagno tiene que pedir al extranjero profesores de gramática y de canto llano: él mismo no sabía escribir. Federico Barbarroja no sabía leer. En los siglos XIII y XIV, Felipe el Atrevido y Juan de Bohemia carecían de instrucción. Del siglo VIII al XII era muy raro que un cura supiese firmar.

«Los curas, dice Chapelain, no sabían leer y no instruían al pueblo sino por medio de sermones. Si alguno de ellos llegaba á dedicarse á las bellas artes ó elevar su espíritu á la contemplación del movimiento de los astros, se le tenía por mago y hereje (*Memorias de literat, y d'his.*) Gerbert, que había estudiado entre los árabes y llegó á Papa, fué también acusado de dedicarse á la magia. Esteban VII no conocía la doctrina cristiana, según los historiadores eclesiásticos. Pedro de Amiens consigna que en el siglo x los curas apenas sabían leer. Un concónigo del obispado de Bourges hace constar que no se les exigía en los exámenes más que dos puntos: distinguir el plural del singular, y para el bautismo, el masculino del femenino.

X

IGNORANCIA Y ESCLAVITUD

La doctrina de una Iglesia que cree que la ignorancia, como la miseria, como todos los males y todas las humillaciones, es *un efecto del pecado original*, se descubre de cuerpo entero en su conducta para con los esclavos.

He dicho que el cristianismo había añadido un anillo más á la dura cadena de la esclavitud: este anillo es la ignorancia. Los antiguos instruían á los esclavos; la Iglesia católica prohíbe instruirlos. Epicteto, el sublime esclavo, honra la filosofía antigua; Phedon, el amigo de Platón, Ménipe, Pompolus, Perseo, Myrtilo, eran esclavos y fueron célebres filósofos. Entre los poetas, Cherilo, poeta griego, que canta la inmortalidad del alma, Plauto, Terencio, Publio, Syro, Fedro, habían nacido en la esclavitud. Horacio y Juvenal eran hijos de libertos. Los esclavos estudiaban á Homero, Hesiodo y los

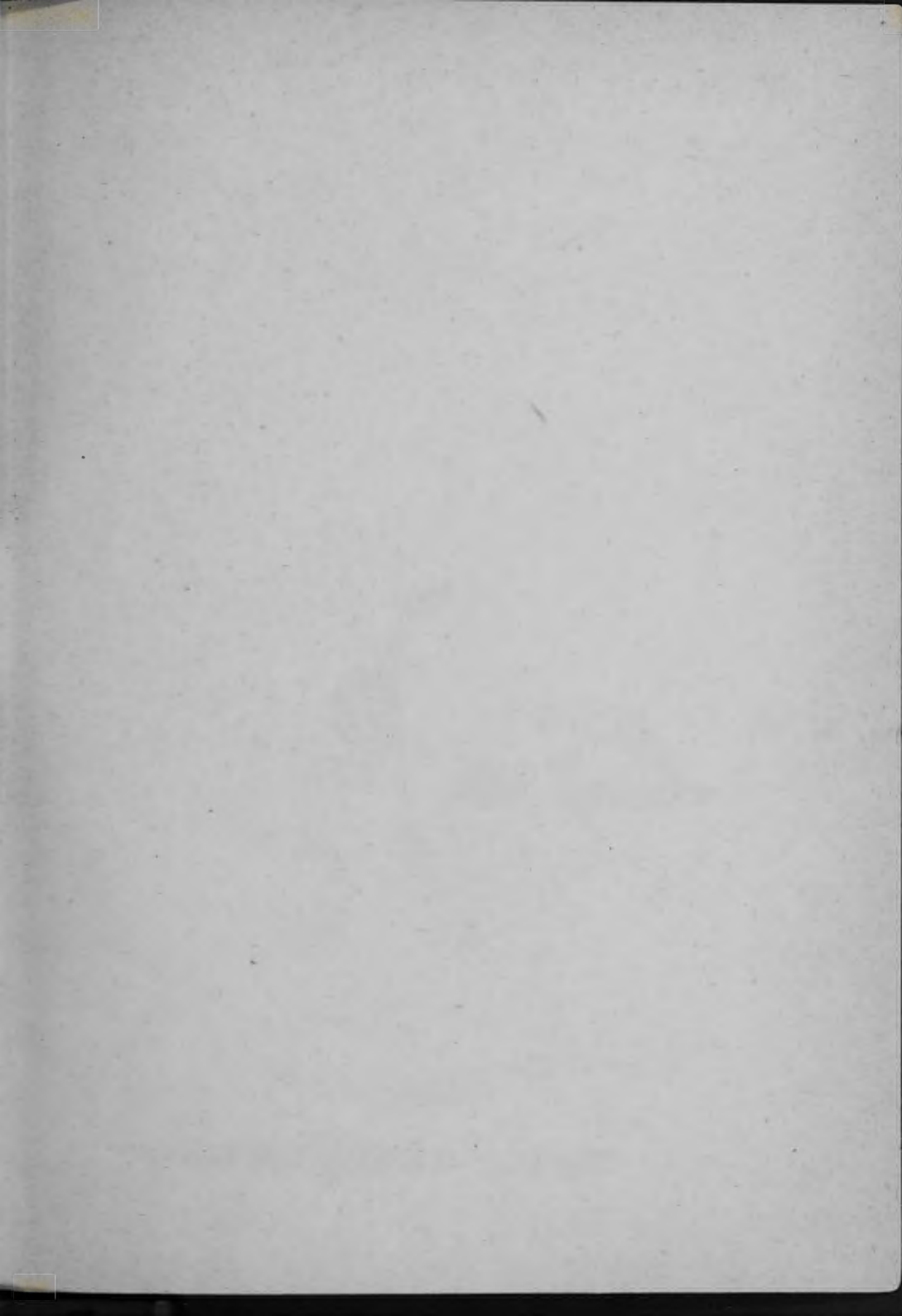
grandes poetas para recitárselos á sus amos. El precio de los esclavos se elevaba en razón á su ciencia; los gramáticos, los poetas, los maestros, los pintores, los copistas, los lectores, los músicos, los matemáticos eran numerosos y muy buscados.

*
* *

¡Pueblo! Con tal de que tu alma ignorante se someta al culto que permita á los curas dominar y vivir bien, y á la obediencia que hace reinar á los príncipes, esto basta para la educación cristiana. ¡He aquí por qué la Iglesia pretende que Dios le ha dado el monopolio de la enseñanza de los hombres. *Ite et docente!* ¡Ignorancia y superstición, embrutecimiento y obediencia, esclavitud en todos sus grados, en el alma y en el cuerpo, mira lo que te ofrece el clero en nombre del que dijo: «Yo soy la luz y el redentor del mundo.»

¡Pueblo, pueblo! ¿Cuándo arrojarás á latigazos á los mercaderes del templo? ¿Cuándo les dirás con Jesucristo: «¡Malditos seáis, doctores de la ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia, y así que habéis entrado la habéis cerrado á los que querían entrar!» (San Lucas, XI, 52.)





SYL
RORC
L.C.
247
1703
17102

Libros de venta en la Admón. de "El Motín"

A PESETA

La religión al alcance de todos, por R. H. de Ibarreta.—*Las ruinas de Palmira*, por Volney.—*Ciencia y Religión*, por Malvert.—*El Citador*, por Pigault-Lebrun.—*Espejo moral de clérigos* (manojos de flores místicas), por José Nakens.

TEATRALES: *Dios, Patria y Rey, ¡Ojo al Cristor, Y dice el sexto mandamiento*, por Nakens.

A DOS PESETAS

Muestras de mi estilo.—Puñado de ironías.—Cuadros de miseria.—Degradaciones y cobardías.—Cartas y dedicatorias.—Humorismo anticlerical.—Mi paso por la cárcel.—La celda número Siete.—Verdades al Pueblo (Juan Lanas), por José Nakens.

Moral jesuítica, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

A CUATRO PESETAS

La Iglesia y la Moral, por Potvin. Dos tomos.

Biblioteca del Apostolado de la Verdad.

Colecciones de folletos anticlericales.

PRIMERA SERIE

1.º *La vuelta de Cristo*, por José Nakens.—2.º *La lujuria del Clero*, según los Concilios.—3.º *El Diablo*, por Roberto Robert.—4.º *Cristo en el Vaticano*, por Victor Hugo.—5.º *El Romancero Anticlerical*, por varios autores (primer tomo).—6.º *Pueblo y Aristocracia*, por Pey Ordeix.—7.º *Historias de la Corte Celestial*, por Narciso Campillo.—8.º *Mónita Secreta de los Jesuitas*.—9.º *A una Madre*, por Ramón Chies.—10. *La Democracia y la Iglesia*, por Potvin.

SEGUNDA SERIE

1.º *Dios*, por Suñer y Capdevila.—2.º *Los Milagros*, por Roberto Robert.—3.º *Lo que se comen los curas*, por Fray Gerundio.—4.º *Viaje al Infierno*, por José Nakens.—5.º *La Libertad de Enseñanza*, por Edmundo González Blanco.—6.º *La Papisa Juana*, por Julio F. Mateo.—7.º *Sonetos piadosos*, por varios.—8.º *Las 67 Preguntas*, por el célebre teólogo Zapata.—9.º *Historias de la Corte Celestial*, por Narciso Campillo (2.º folleto).—10. *Frailes al desnudo*.

TERCERA SERIE

La moral y la Iglesia.—Las costumbres y la Iglesia.—La miseria y la Iglesia.—La riqueza y la Iglesia.—La esclavitud y la Iglesia.—La ignorancia y la Iglesia.—El crimen y la Iglesia.—La mujer y la Iglesia.—El celibato y la Iglesia.—La política y la Iglesia, todos por Dom Jacobus.

Cada folleto se vende á 15 céntimos. A los suscriptores de *El Motín* que los pidan directamente á la Administración, calle de Alberto Aguilera, 52, se les pondrán á 10 céntimos, lo mismo que á los corresponsales, librerías, kioskos y Centros republicanos. Cada serie de diez tomos, UNA PESETA.